

La máscara de oro

El rabino

En el crepúsculo ávido que ardía
sobre las cúpulas del santuario
un hombre farragoso se perdía
en la maraña de un Vocabulario.
Si el Espíritu acecha en la Palabra,
cada oculta acepción, cada cadencia
serán el duro talismán que labra
el profundo diamante de la esencia.
Así yo, como el sabio que medita
entre los símbolos un rastro de oro,
la tarea que asumo es infinita.
Sé que me aguarda un místico tesoro.
Sé que en las letras de YAVEH se encierra
la anhelada Verdad que nos aterra.

El hombre

Efímero, imperfecto, improvisado,
de barro residual nació un mal día
este instrumento de melancolía.
El Creador debía estar cansado.
Desde la ansiada aurora hasta el poniente
perseguía al bisonte en la pradera
y en el lecho a la hembra. Tenazmente
construyó la pirámide y la hoguera.
Preso de infatigables desvaríos
probó el ciego sabor de la fortuna.
Desafió las selvas y los ríos.
Pisó la faz sagrada de la luna.
Su invención más usada fue la Guerra.
Alguna vez soñó. Fue su locura
eso que llaman la literatura.

Ha llenado de horror toda la tierra.
 No te preguntes la ocasión ni el nombre.
 Es el Único, el Solo, el Triste, el Hombre.

The nothing I am

El sueño de dos pobres labradores;
 el niño que auscultaba la ardua tierra,
 el arado sonoro y los colores
 del ocaso cuando huye por la sierra;
 el que dejó su juventud prendida
 de un florilegio; el terco castellano
 que juró por la patria de Quijano
 y confundió los libros y la vida;
 el ciego intelectual que se perdía,
 torpe juguete de la vanagloria,
 en el jardín de la filosofía
 y en los hondos espejos de la historia;
 el que naufraga por los corredores
 del laberinto oscuro de tu pelo,
 coronado de hijos y de amores;
 el que no halla otro infierno ni otro cielo.
 En esta breve fuga desolada
 ¡cuántos he sido para no ser nada!

A un gato

Más allá de este inhóspito universo
 que rigen númenes inexorables,
 te sueño en los parajes insondables
 de los espejos múltiples del verso.
 Delicados poetas te cantaron.
 En Poe persiste tu ancestral maullido.
 Baudelaire y Pessoa modelaron
 con tus oros emblemas del olvido.
 Tú, entre tanto, impasible por instinto,
 por siempre ajeno a la literatura,
 desperezas el lomo variopinto
 y olfateando la oquedad oscura
 caminas por la noche ensimismada,
 feliz porque no sabes que eres nada.

El molino

Desde que de los labios de mi abuelo
oí por vez primera la aventura,
no se va de mi mente la figura
del gigante que brama contra el cielo.
En él rugen las jarcias de Lepanto,
las pesadas mazmorras, las cadenas,
el solitario mar y las arenas,
la humillación, el hambre y el espanto.
Sé que es sólo una máscara, pero algo
(Amadís, Esplandián o las barbadas
brujas que perseguían al hidalgo)
acecha entre las aspas desdentadas.
Alguien, al otro lado del camino,
sigue soñando el sueño del molino.

El cuervo

De los sueños que la literatura
ha preservado en la oquedad del mito,
éste del negro pájaro infinito
 noches de Poe me tortura.
Su horror abarca todo el universo.
En un espejo, un eco o un paisaje,
en cada instante, unánime y diverso,
cunde el ave de lóbrego plumaje.
Es el ronco recuerdo de Leonor,
la atroz negrura que nos picotea.
In the night quot the Raven nevermore.
No cesará la lívida tarea.
Un turbio pajarraco de hondos ojos
devora eternamente mis despojos.

El final

Sucedirá cualquier instante
en un lugar que no sospecho,
una opresión aquí en el pecho
o un brusco golpe de volante.
Después, las fauces del Abismo,
que devoraron a Cartago,

devorarán el tiempo aciago
que fue medida de mí mismo.
Habrá llegado al fin mi día.
No habrá la pompa acostumbrada.
No llorará la amanerada
retórica de la elegía,
sonoro y cóncavo reflejo,
la fecha, el polvo, el carcomido
mármol, las sombras y el olvido.
Al otro lado del espejo,
un monstruo atroz está soñando
cómo será. Me está matando.

La máscara de oro

Museo Nacional de Atenas

Rescatada de un mágico tesoro
fantástica y real, duerme en su hueca
soledad de metal la ciega mueca
de una desierta máscara de oro.
Ni el tiempo, ni los mares, ni la espada
han mordido el espectro sorprendente.
Preguntarás en vano por la ajada
sonrisa del guerrero. Inútilmente,
costumbre peculiar de la memoria,
buscarás en la forma repetida
las atroces facciones del Atrida.
En el profundo espejo de la historia,
el verdadero rostro se ha borrado.
Sólo queda este molde desolado.

José María Gómez Gómez